

A stylized illustration featuring two faces in profile, facing each other. The faces are rendered in shades of pink and purple. The left face has blue eyes and orange hair, while the right face has green eyes and red hair. A large yellow circle is positioned between them, containing the title and author's name. Below the faces, a white, stylized mouth shape is shared by both. At the bottom center, a martini glass filled with red liquid sits on a brown surface, with a small red spill next to it.

CORRIENTE SANGUÍNEA

PATRICIA MUÑIZ

ILUSTRACIONES DE
BOUMAN

CORRIENTE SANGUÍNEA

PATRICIA MUÑIZ

ILUSTRACIONES DE
BOUMAN

UNDERBRAIN BOOKS

www.underbrain.com/books

Edición limitada de 150 ejemplares.

Ejemplar número:

CORRIENTE SANGUÍNEA

es una publicación de Underbrain Books

www.underbrain.com/books

E-mail: info@underbrain.com

© 2012, Patricia Muñiz Olivera, por el texto

© 2012, Bouman, por las ilustraciones

© 2012, Ana Elena Pena, por el prólogo

© 2012, Underbrain Books, por la presente edición

Maquetación y diseño: Bouman Studios

Primera edición. Abril, 2012

Impreso en España | Printed in Spain

ID Registro SafeCreative: 1203051249131

Todos los derechos reservados de sus respectivos autores. Ninguna parte de este libro puede ser reproducida o utilizada de ninguna manera ni por cualquier medio, electrónico o mecánico, incluido fotocopia, filmación o a través de cualquier otro sistema, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*.

TE QUIERO, YO TAMPOCO

Si me dieran a escoger una frase de “Corriente sanguínea”, sin duda elegiría ésta, obviando las alusiones anecdóticas a sangre, lefa y otros fluidos que salpicarán al lector para su deleite, desagrado o desconcierto.

“La mentes dominantes no pueden soportar a las almas libres.”

Libertad, entre otras cosas, es que, a día de hoy, una mujer como Patricia Muñiz pueda escribir libremente, (valga la redundancia) sobre sexo y violencia sin poner en entredicho su decencia e integridad y sin que nadie se lleve las manos a la cabeza. O casi nadie.

La mujer ha ido conquistando un terreno hasta hace poco exclusivo del hombre, y no voy a ponerme feminista, porque hay que ser un poco misógina para entender de qué complejos materiales está hecha el alma femenina. Las mujeres que pueblan la novela de Patricia son libres, en apariencia, pero esclavas de sus pasiones y de su propia vanidad. Orgullosas, ensimismadas, viven encerradas en su propio mundo y alimentando todo tipo de fantasías mientras que los hombres giran alrededor como burdas marionetas o accesorios para satisfacer su placer. Esclavos también del deseo, pero de un deseo que gira en torno a esa hembra inalcanzable y libre.

A mí no me parece en absoluto ficción, ni fantasía, me ha recordado a una realidad aplastante. No al mundo real en toda su extensión, sino a la burbuja en que vivimos los que nos dedicamos a la actividad artística. La realidad de los salones de cómic, plagados de chicos retraídos con pocas dotes comunicativas, donde son pocas mujeres las que despuntan, pero quienes lo

hacen demuestran una habilidad social y un carisma envidiable (lo cual asusta, y atrae a la vez), la realidad de los círculos artísticos y de las facultades de humanidades. Es aquí donde encontramos hombres sensibles, débiles, enamorados de mujeres fuertes y creativas, o desquiciadas y egocéntricas, que para mantener su estatus y hacerse respetar deben evitar caer en los errores propios de su sexo. Pero al final, la naturaleza, en su reverso siniestro, puede más, y debajo de toda mujer creativa se esconde una mantis en ciernes, porque belleza e inteligencia son dos armas que, si no se manejan bien, pueden provocar catástrofes de un alcance inimaginable.

Y si una hace buen uso de ellas, las cosas cambian, “los pajaritos cantan y las nubes se levantan”. Pero de ser así, nada le movería a una a escribir novelas, relatos, poesía, ni a coger un pincel. Sólo las mentes torturadas, con ese insidioso sentimiento de culpa que es como un continuo martilleo, y en un afán de ser puras, pueden detenerse a escribir algo como esto. No hay nada más peligroso que un animal herido.

La crudeza del relato contrasta hábilmente con las delicadas ilustraciones de Bouman, de una dulzura casi infantil que actúa a modo de bálsamo contra la dureza de lo que acontece a lo largo de la novela.

De modo que, déjense llevar por la “Corriente sanguínea”, intenten comprender la soledad de sus personajes, incomprensidos, angustiados, y, más allá de la propia narración, deténganse a meditar por qué les agrada, les fascina, les repugna, o, quizá, quién sabe, les produce cierta excitación malsana, aunque sea ésta la última intención de la escritora.

Ana Elena Pena

PRIMERA PARTE: LA TAQUILLERA

I

Me gustan los espacios pequeños que puedo controlar. Aquí las paredes también están vacías y son tristes, como en el sanatorio, pero no me siento encerrada. Es un vacío agradable. Me recuerda a ti.

Hay una ventanilla que puedo abrir y cerrar. Es como un pequeño teatro. Ahora estoy, ahora me escondo. Ahora hablo por el micrófono y mi voz mecánica te vende una entrada. Ahora me voy a hacer pipi y pongo un cartel para que la gente se espere, **“Taquilla momentáneamente fuera de servicio”**.

Sí, este trabajo me va. Los asientos numerados, el olor a palomitas, las entradas con descuento y tus mensajes, querido desconocido. Sobre todo tus mensajes lubricados que florecen como plantas carnívoras en mi terminal multimedia.

No sé nada de ti, es cierto. Y en teoría eso debería asustarme. Podrías ser un loco. Pero tú aún sabes menos de mí y aunque no estés asustado, quizás deberías.

No voy a contarte nada que no quieras oír. No puedo explicarte lo de la habitación acolchada. Y tampoco hablaré de mi colección de flores ensangrentadas. Además da igual, ya no la tengo. Me la quitaron. Sólo conversaremos sobre nuestros juegos. Esa será la única regla.

¿Y qué juego toca esta vez? ¡Ya sé! El de la blusa transparente y las tetas sin sostenes. Algo sutil, que no llame la atención más de lo necesario. Algo que sólo note quien de verdad quiera fijarse.

¿Sabes? Cuando compres la entrada, sabrás si te he reconocido por la erección de mis pezones, les gusta ponerse tiesos y mirar a las estrellas. Pero si vuelvo a fallar me tocará pagar prenda, de nuevo. No pasa nada, esperaré instrucciones.

La tarde transcurre previsible y rutinaria en este Multisalas. Vendo entradas a Dios y su padre. Atiendo a grupos de jóvenes, a familias, a parejas de novios. No han venido demasiados solitarios. Pocos y raros, de los que no apartan la mirada del papelito de la entrada. No sé qué pensar. Tal vez me hayas dado plantón y eso sería una lástima, porque a mí me va el erotismo retro de tu misterio. Seré una nostálgica, pero me gusta *Emmanuelle*, *El último tango en París* y *Delicias Turcas*. Me va la masturbación. Dibu-



jar cosas hermosas con mi propia sangre. Decorar con células de menstruación el herbolario de mi hermana. Aprovechar las hemorragias nasales para escribir versos. Pintar puestas de sol con la tinta roja de mis cortes. Me gusta ver el mundo a través de la puerta abierta de mis heridas. Heridas que ya no puedo auto-inflingirme porque me devolverían al sanatorio. Porque prometí al doctor que no volvería a usar mi propia sangre para iluminar el mundo. Y una promesa es una promesa: NO mi propia sangre, NO la mía, nunca más (hay otros caminos). El doctor creyó en mí y me dio el alta, y yo le debo mi palabra, porque él entendió que he aprendido a contener mis impulsos. Por eso, aunque a veces deseo follarme a personas que acabo de conocer, normalmente no lo hago. Cuento hasta diez, respiro, pienso en otras cosas para olvidarme del tema. A él no me lo follé, le demostré que era capaz de controlarme. Pero otras veces sucede y entonces una corriente eléctrica me posee y no consigo frenar. Contigo, querido desconocido, me gustaría follar con electroshocks que gravasen a fuego nuestro encuentro. Desearía sentir las convulsiones de tu polla mientras me electrocutan. Atraparte con contracciones vaginales de otro mundo. Ver la corriente sanguínea en tus ojos, convertir tus líquidos en mi electricidad. Pero hoy no has venido y dudo mucho que alguna vez te hayan aplicado electroshocks, por eso no puedes comprenderme.

Bip-Bip

Tiene un mensaje nuevo: *Te sienta muy bien esa flor roja que te has puesto en el pelo. Hace juego con tus pezones.*

¡Ostia! Me tocará pagar prenda.

“Taquilla momentáneamente fuera de servicio”

II

Y el lavabo se convierte en estudio fotográfico.

Siempre he pensado en los lavabos como escenarios magníficos. Tienen todo lo que se puede necesitar para representar una función. El espejo se convierte en cómplice perfecto de crímenes, pasiones o aterrizajes extraterrestres. Es el testigo mudo en el que se escriben mensajes secretos que sólo emergen con el vaho. Es el cristal amante de mensajes suicidas y pintalabios rencorosos. El lavabo. El último escondrijo de la víctima. La primera guarida del asesino. El lugar perfecto para recibir una paliza o para morir. El único refugio en caso de catástrofe. El pequeño circo de azulejos dónde nos masturbamos, follamos, vomitamos, meamos y defecamos sin límites.

Me siento en la taza del water, cierro los ojos, y me pongo a imaginar a mercenarios mafiosos que irrumpen con violencia y abren a patadas la hilera de puertas. Sueño con voyeurismo urbano de personas que espían a otras personas. Veo a chicas borrachas que no consiguen aguantar la cola irracional de la discoteca y acaban meando en el Ficus de plástico. Veo narices dilatadas metiéndose rayas, lenguas drogadas que lamen inodoros sin pensar en los detergentes ni en los raticidas que puedan haber echado por ahí. Cucharillas y jeringas en acción. Encuentros clandestinos. Sexo ilegal. Mensajes cósmicos escritos con rotulador que se convierten en manchas borrosas y se deshacen a la vez que mi imaginación me devuelve al retrete en el que me encuentro y en el que me he encerrado para cumplir mi palabra.

Porque aquí puedo hacerlo. Los lavabos de este Multicines huelen a un agradable perfume que parece incienso y que marea un poco. Del grifo de agua caliente sale agua caliente de verdad. El

jabón hace espuma, y es blanco, con textura gelatinosa y aroma de coco. El secamanos es tan moderno que parece de nave espacial. Tiene pinta de radiador y dos chorros de aire caliente secan las manos en pocos segundos. Por un momento se me ocurren un montón de cosas que podría introducir en ese secamanos. Pero no tengo demasiado tiempo para fotografiarme sin que se me vea la cara y mandarle la foto al mail de mi querido desconocido. Hay que pasar a la acción.

¡Qué comience el espectáculo!

Ante el espejo, desabrocho los botones de la blusa y dejo al aire la alegría de mis pechos. A mí siempre me han parecido demasiado grandes, aunque mi madre intentase convencerme de lo contrario comparando mi cuerpo con el de *Silvana Mangano* en la película “*Arroz Amargo*”.

Amor de madre, supongo.

Observo cómo el reflejo de mi mano baja la cremallera de la falda, que se desliza suavemente hasta el suelo. Todo va bien. Me arremango los pantys hasta la mitad del muslo y juego con las bragas colocándolas de manera que comience a verse el vello púbico. Sólo un poco, lo justo para excitar su imaginación. No quiero mostrarle mi sexo desnudo todavía. Eso es algo que no voy a regalarle. Tendrá que ganárselo.

La ornamentación vegetal del lavabo me resulta extraña. Me da morbo. Son ramas de algodón, con tronco marrón oscuro y flores blancas. Saco las ramas del jarrón y las monto en una especie de abanico que me tapa la cara. Ahora sólo falta encontrar un lugar dónde ubicar la flor roja que llevo en el pelo. Pienso en las bragas, para que se fije más en los dos centímetros de pubis con que le obsequio. Porque sólo habíamos pactado los pezones. Esa era la prenda a pagar por haber perdido la partida. Una foto mostrándoles los pechos desnudos sin taparme los pezones. Claro, que él no puede imaginarse hasta dónde llega mi sentido artístico del asunto.

Así que me quito la flor del pelo, dejándola un momento sobre el mármol y entonces, al contemplarla, súbitamente me invade un recuerdo de mi infancia. Como una puñalada traidora, vuelve a mi mente la encerrona que sufrí siendo una niña. Sucedió una mañana en el lavabo del colegio.

Las mentes dominantes no pueden soportar a las almas libres. Ni siquiera las que han salido retorcidas y taradas, como la mía. La voz que espera un eco no soporta el silencio de la indiferencia. Ella lo tenía todo, mientras que yo no tenía nada excepto a mí misma. Al parecer se vio amenazada y por eso me encerró aquella mañana a la hora del patio.

Martina con su cuerpo de luchadora de Sumo y sus flores en el pelo, me agarró de las orejas y me estampó contra el suelo. La sangre comenzó a brotar de mi nariz como un manantial que llegó a mis labios. Sangre que empecé a lamer como si estuviera endiablada. Creo que Martina nunca había visto una sangre tan oscura y tan espesa, ni una lengua tan lasciva como la mía, recreándose en la herida física que nunca podría doler tanto como las heridas de la mente. Todo está ahí. En la mente. Y yo no iba a escurrirme por la nariz a cambio de nada.

Aguanté sus insultos y sus pisotones. Aguanté su superioridad de idiota erguida ante mí. Ella no esperaba que fuera a agarrarle de las piernas y a estirar con todas mis fuerzas, tumbándola en el suelo. Salté sobre ella como una pantera. Me puse encima de su barriga, le agarré del pelo y comencé a golpear su cráneo contra el suelo.

¡Para, para, para! Gritaba la cochina.

¡Pumba! Cabezazo en toda la boca que le hizo saltar un diente. Entonces su sangre se confundió con la mía. Martina se tapaba la cara con las manos. Ella tan grande, allí estirada no comprendía lo que estaba ocurriendo. Simplemente, mis límites eran diferentes a los suyos. Yo no pretendía insultarla ni pisotearla. Lo que quería era entrar en ella, coger sus pigmentos y dibujar un



paisaje. Saqué el lápiz que guardaba en el bolsillo de la bata, un Staedtler del número dos, y se lo introduje en el ano mientras imaginaba su empalamiento. Remené como una bruja emulsionando su pócima. Ella se puso a llorar. Todavía no sé si de horror o de placer, supongo que las dos cosas mezcladas. Pero al final me dio pena. Así que le arranqué las flores del pelo que se llevaron enganchados algunos de sus mechones rubios. Me coloqué las flores frente al espejo y vi sus mechones brillar sobre mi cabellera rojiza como si fueran una corona laureada.

Martina y yo. Un espejo convertido en lienzo improvisado. Nuestra sangre y su mierda componiendo un mural rupestre de montañas oscuras y prados carmesí. La expulsión del colegio y la primera reclusión en un sanatorio. Recuerdos. Los juegos de la mente.

Click, click, click, click

Deberes hechos.

Para: *Travis Bickle*

Asunto del mensaje: *Primer plano de chica semidesnuda encerrada en el lavabo de un cine. Primerísimo plano de pezones risueños entre algodones y fantasía de tanga negro con flor roja.*

Texto: *Siente mi entrega y mi deseo. Sientelocalientequemeponenuestrojuego*

Espero que estas fotos te hagan compañía frente al ordenador. Hagas lo que hagas con ellas, vuelve y cuéntamelo.

ENVIAR

III

Tras la sesión fotográfica me sentía excitadísima. Era una sensación íntima, clandestina. Ni siquiera me importaba que la cartelera de la semana fuera una basura. Tal vez valiera la pena pagar por ver alguna de esas películas, pero ninguna conseguía llamar suficientemente mi atención.

Cuando llegó la hora de cerrar la taquilla, mis compañeros se quedaron un rato más para apagar las luces y conectar la alarma, pero yo tenía permiso para irme un poco antes. Así que recogí, me puse el abrigo, atravesé el vestíbulo del cine y salí a la calle. Me gustó la sensación del aire frío sobre la piel, el golpe helado que enfriaba mi calentura, que me ponía en *off*. Avancé unos pasos y a mi espalda se apagaron los carteles luminosos. Las luciérnagas de esa avenida que volvía a su estado pardo y triste como la noche.

Y de pronto, la aguda presencia de las ambulancias rompió el silencio.

¡Nino, Nino, Nino, Nino!

Las sirenas aullaban en la siguiente esquina y un guardia urbano desviaba el tráfico. Algo había pasado allí mismo, en medio de la calle. El morbo detenía a los curiosos que se alimentaban de los detalles más pequeños. Ante ellos, un anciano yacía en el suelo. Parecía que había sido atropellado. Se encontraba estirado sobre el enorme charco escarlata que había formado su propia sangre. La que aún manaba de su cabeza abierta.

El hombre, el cuerpo, su cadáver, o lo que fuera en ese momento, parecía muerto. Porque allí no se movía ni un músculo. Mala

suerte para él, pensé. Morimos desde que nacemos. Y sin poder evitarlo, ante mí, en línea recta, apareció un lago en technicolor capaz de aplacar la sed de mi vida en blanco y negro.

Sabía que no podía, que no debía, que era algo horrible. Pero lo hice. Sí, lo hice.

Visualicé la planta mis pies. Mis pasos acercándose al charco de sangre sin detener el ritmo ni cambiar de rumbo para esquivarlo. Mi mente se anticipaba, mi sexo se estremecía al imaginar la suela de los zapatos zambulléndose en esa sustancia espesa, empapando los dibujos geométricos de la goma, creando una plantilla perfecta para estampar sobre las láminas de mi álbum de recuerdos. Me sentía como un monstruo incapaz de controlar sus impulsos. Pero estaba convencida de que no debía sentirme culpable del todo. Si al menos no me hubieran enseñado a pre-visualizar mis acciones... Pero lo hicieron y ese ya era un hecho irreversible.

Desvié mi atención fijándome en el personal del servicio de urgencias. Habían hecho todo lo que estaba en sus manos, pero no había servido de nada. No obstante, algo parecido a la esperanza emanaba de la ambulancia naranja y esos chalecos fosforescentes. Los reflejos dorados de la manta isotérmica que los enfermeros desplegaron, centellearon como purpurinas en una noche de fiesta.

Sí, la noche estaba a punto de convertirse en mi fiesta privada.

Aceleré el pasó. Los urbanos me miraron con expresión severa al verme acercar tan deprisa ¡No se puede pasar! Oí que gritaban, pero mi pie ya se encontraba sobre su objetivo. Tenía que ser ágil para conseguir mi propósito sin que me empujaran o algo similar. Di una zancada, pero alguien me estiró del brazo y la suela de goma resbaló como si fuera una pista de hielo, tumbándome de espaldas, haciéndome rebotar sobre el fiambre para caer finalmente de culo en medio del charco de sangre.

Los zapatos, las medias, la falda, las bragas, la camisa ¡Hasta los



sostenes! La sangre me había calado hasta las entrañas. Notaba pequeños regueros calientes escurriéndose por la espalda ¡Dios existe! Pensé y sentí en el estómago cien mariposas bailando embriagadas de felicidad.

Disimulé mi alegría y, por supuesto, no hice caso a las barbaridades que se dijeron sobre mi desafortunado resbalón ¡Pero qué hace ésta! ¡Le patinan las neuronas! ¡Esta tía está loca! Vale, de acuerdo. No les faltaba razón ¡Y qué más daba! ¡Y qué importaba! ¡Y qué más daba todo! Volvía a estar ardiendo de placer. Ya no veía nada. Sólo quería llegar a casa, cerrar la puerta y disfrutar

de mi deliciosa locura en la intimidad.

No vivía muy lejos, pero atravesar las calles con el mismo aspecto que *Sissy Spacek* en la escena final de *Carrie* no es algo que una haga cada día. Cuando lo conseguí y por fin me encontré sola, respiré profundamente sintiendo el olor denso y férreo de la sangre enganchándose a la garganta. Tragué saliva. Ya estaba a salvo, en el lugar donde podría disfrutar tranquilamente del regalo que me había hecho la vida.

Más relajada comencé a pensar en la salida artística que podría dar a mis nuevas tinturas cuando recibí un mensaje de Travis.

Bip –bip Mensaje nuevo

Para: *Catherine Tramell*

Texto: *Para ti, con la última gota de semen todavía resplandeciendo sobre el glande.*

Niña, me tiembla todo el cuerpo al pensar en tu lengua.

Su mensaje llegaba en un momento de delirio febril. Ansiosa, abrí las fotos anexadas al e-mail. No sé qué esperaba encontrar. Primero me vi a mi misma en el lavabo, mis pechos, mi tanga, mis flores ¿Me estaba devolviendo las fotos ese cabrón? ¡No! ¿Sí? ¡No! ¿Sí? ¡Nooo! No me había fijado bien. Su respuesta era un geiser, era la naturaleza eclosionando ante mis ojos, era la mancha blanca y transparente que serpenteaba sobre la desnudez de mi cuerpo. Era la silueta de su semen sobre el papel impreso. Su corrida sobre mis fotos atravesándome el alma y descubriéndome un nuevo color que necesitaba poseer. El blanco traslúcido de su semen.

IV

De: *Catherine Tramell*

Para: *Travis Bickle*

Asunto: *No sé nada de ti y no importa*

Mensaje: *Ningún sol caliente como el abrazo de tu mirada. Ningún astro brilla en la oscuridad con la fuerza que lo hacen tus pupilas. Imagino mi reflejo habitando en tus ojos y me gusta tanto que me emborracho de lujuria ¿Se puede desear con tanta fuerza? Hace cuatro días no hubiera concebido un sentimiento así.*

Tu aliento me abriga. Tus palabras se cuelan por el tuétano de mis sueños, dónde vivimos desnudos hasta lo insoportable. El viento de tus deseos levanta la arena de mis orgasmos y nos reboza como a niños que juegan en la playa una tarde de estío. La humedad de nuestra piel se vuelve río cuando nos amamos a oscuras, porque lo hacemos, sí. Los dos lo estamos haciendo.

Te acercas a mí como un fantasma bondadoso que sopla palabras bonitas al oído, pero se desvanece al instante dejándome desamparada. Así es cómo te siento. Sin rostro, sin cuerpo, sin historia. Sólo un alma juguetona y los impulsos.

Me imagino a mí misma como si fuera un hombre que mete su polla erecta en un “Glory Hole”, sólo para sentir, sólo para imaginar, sólo para perderme en el placer.

Tu presencia invisible me vuelve loca de atar, y me follaría una pared si supiera que al otro lado estás tú. Sueño con el día en que sentiré tus dedos recorriendo mi espalda, agarrándome las nalgas, revolucionando mi cuerpo. Abriéndome, cerrándome, girándome, azotándome. Sueño con el día en que verteré mis besos sobre tu cuerpo. Y seré la cocinera que empleará los in-

gredientes secretos que despierten tus sentidos. Amasaré tu piel, me enrollaré en ti, saborearé cada microsegundo de los besos que nos demos. Y guardaré en mi memoria el sabor de tu saliva, de tu sudor y de tu esperma.

No. Aquí no hay espacio para la racionalidad. Se trata de dejarse llevar, de guiarse por la intuición. Tal vez sea algo triste, incluso trágico. Pero no se puede negar que empezar a amarse así, a tientas, es un divino veneno adictivo.

Antes de enviar el mail, me aseguré de anexar bien la foto que acompañaba a mi declaración de amor.

Concebir la idea fue fácil. Atrezzo encarnado más chica desnuda. Para mi mente perturbada era como sumar uno y uno. Enseguida me vino la imagen mental de la joven *Marylin Monroe* sobre terciopelo rojo. Y el recuerdo de *Mena Suvari* sobre un lecho de rosas, acabó de perfilar mi ensoñación.

Pasé horas recortando la ropa ensangrentada, dando forma de corazón a los retales desgarrados. Finalmente conseguí transformar las prendas que llevaba en el momento del resbalón y convertirlas en corazones recortados que cayeron sobre mí como una lluvia de pétalos, mientras la cámara automática disparaba desde encima del armario.

Tanta preparación convirtió la sesión de auto-fotos en la más embelesadora que había tenido en la vida, y el resultado no fue para menos. Realmente mi imagen desnuda brillaba como una estrella de cine sobre la seda roja y los corazones de sangre cubrían lo justo para exhibir mi esencia a aquel desconocido que se había convertido en mi pareja “ideal” de juegos.

A estas alturas los dos sabíamos que una energía especial nos unía. Los mensajes eran la excusa para ir avanzando tramos. Porque ya no necesitábamos las palabras para comunicarnos.



Ni siquiera las miradas. Era un sentimiento común, una sintonía telepática. Tanto Travis como yo, descendíamos juntos la misma escalera hacia el infierno.

Por eso no me sorprendió su rápida respuesta.

Para: Catherine Tramell

Asunto: Recogerás tu premio

Texto: No puedo esperar ni un minuto más sin mojar mis dedos en tus jugos. Se acabó el anonimato. Nos encontraremos mañana en el cine.

Reina de los corazones, te has ganado el mío y mañana podrás recoger tu premio.

Travis

V

Así fue como la palabra “mañana” se convirtió en la expresión gloriosa de mis sueños. Esa noche, bajo las sábanas, los ángeles alzaron sus trompetas de terciopelo y entonaron la preciosa melodía del futuro incuestionable, la canción de nuestro mañana.

Y cuando desperté descubrí que el día había amanecido cargado de nubes en movimiento. A través de la ventana contemplé el viento empujando su blancura. El aire esparciendo sus partículas sobre el fondo azul como un venturoso presagio. Momentos más tarde, encerrada en el baño, la espuma de afeitador cubría mi pubis recordándome esas nubes. Textura esponjosa sobre terreno pantanoso, color blanco de plomo avinagrado sumergido en estiércol. Pureza virginal emergiendo entre excrementos. Así de cierto, como mi vida.

Deslicé la cuchilla dispuesta a descubrir los volúmenes de diosa pagana que ocultaba mi normalidad ¡Adiós bello impúdico! ¡Bienvenido vientre rasurado! Todos los preparativos me parecían pocos para recibir la lengua salvaje de Travis sobre mi cuerpo.

Ese hombre conseguía que me sintiera tan loca y tan caníbal que sólo podía pensar en comerle entero. Deseaba conocer su olor, el tacto de su piel, el sabor de su semen, la fuerza de su embestida. Deseaba lamerle, besarle, chuparle. Deseaba alcanzar su interior por todos los caminos. Convertirme en receptáculo de sus secreciones. Atragantarme de él. Y la sola idea de que él pudiera sentir algo parecido, me producía tanto vértigo que me paralizaba.

Antes de ducharme inventé su cara avanzando entre mis muslos y llegué a sentir la punta de su lengua produciéndome espasmos,

haciéndome perder la conciencia durante unos segundos. Tuve el primer orgasmo del día y eso que aún no nos conocíamos.

Abrí el armario y escogí un vestido azul. Quería ser el cielo para que sus nubes me surcaran. Tal vez *Mónica Lewinsky* pensó algo parecido el día en que se dirigió a su cita con el presidente. El color azul se lleva bien con el sexo y con el aire, y esa tarde el viento lo agitaba todo ayudando a disimular mi nerviosismo.

Desde la taquilla examinaba a los clientes intentando descubrir algún rastro de su esencia. Pero nada, ni una mirada penetrante, ni un contacto furtivo. Ni huella de su intensidad. Sólo la presión de la orina apretándome la vejiga. Esa tarde, si no me hacían explotar los nervios, lo harían las ganas de mear.

Atravesé los pasillos del cine sintiendo como mi sueño se desvanecía. Nada iba a ocurrir. Me convencí a mí misma de que no existía nadie tan loco ni tan suicida como yo, y entonces comencé a sentir las punzadas de la soledad. Cuando llegué al lavabo me derrumbé. Fueron varios minutos de lágrimas irreversibles. Mi propia estupidez ya no era divertida. El reflejo en el espejo me devolvía una imagen grotesca ¿Cómo podía ser tan tonta? ¿Cómo podía haber tomado en serio un estúpido juego calentorro? ¡Estúpida, estúpida, estúpida! ¡Taquillera tonta y calentorra! ¡Catherine Tramell de pacotilla! ¿Y ahora qué? ¿Dónde está la sangre fría? ¿Qué? ¿Te la has olvidado en casa junto al punzón del hielo? No aprenderás nunca...

Regresé del lavabo con la mirada clavada en el suelo. Me sentía abatida y espesa. No tenía ánimo de atender a nadie más. Sólo tenía ganas de cerrar la taquilla e irme a casa.

Con el rabo entre las piernas, intentaba esquivar la cola de las palomitas cuando rocé levemente el brazo de un tipo que sostenía un cubo tamaño jumbo que le tapaba la cara. No fue un golpe brusco, sólo un pequeño contacto, pero el cartón salió volando como si tuviera un muelle debajo y las palomitas cayeron como pájaros sobre nuestras cabezas. En medio de su aleteo apa-

recieron unos expresivos ojos azules que se escondieron asustados tras los cristales de unas gafas oscuras. El individuo me dio la espalda y salió corriendo. Era alto, corpulento y llevaba el pelo largo recogido en una coleta.

Fui tras él. Me daba igual lo que pudieran decir mis jefes. Acababa de obtener un pequeño perfil de Travis y necesitaba más, aunque eso significara perder mi puesto de trabajo.

En la calle el vendaval me agitaba el vestido azul. Con las manos intentaba bajar la falda al mismo tiempo que apartaba mechones de pelo que brincaban ante mis ojos y no me dejaban ver. Con tanto movimiento resultaba difícil concentrarse. Me acerqué a la calzada y no sin dificultad escudriñé la calle intentado encontrar a mi amante esquivo. La imagen de Travis comenzaba a definirse en mi mente y eso me hacía feliz ¡Cuántas veces le habría imaginado! ¡Infinitas! Y por fin tenía algo a lo que agarrarme, aunque fuera poco, apenas un fotograma.

Una furgoneta que estacionada al final de la calle se puso en marcha y avanzó hasta el semáforo. Entonces volví a verle, refugiado en un portal a bastantes metros de mí. Todavía conservaba el aspecto de ciervo asustadizo, pero ahí estaba, aguantando la mirada.

Levanté la mano y saludé con la palma abierta. Me devolvió el gesto y sonrió. Ya no había vuelta atrás. Comenzó a acercarse caminando lentamente. Mientras tanto, yo permanecía paralizada por la emoción.

Estaba tan concentrada en memorizar su imagen por lo que pudiera pasar – una nueva huída, por ejemplo – que no supe descifrar la mueca de desconcierto en su rostro.

De repente, sentí un pinchazo en el brazo. Reconocí el frío penetrante de la aguja. Era una inyección. Alguien a quien no pude ver me sostuvo por los hombros cuando mis piernas comenzaron a flaquear. Un coche grande, Todoterreno, se detuvo a mi lado.

Conseguí vislumbrar la silueta de una mujer que abría la puerta, antes de desvanecerme.

Después sólo hubo oscuridad. Profunda, espesa, escamosa. No sé cuánto duró ni qué pudo ocurrir durante ese tiempo. Sólo sé que al despertar me encontraba tumbada sobre un lecho duro que olía a moho. Me habían esposado las manos a los barrotes de la cama y tenía las muñecas en carne viva. También me habían atado los pies con cuerdas. Forcejeé, pero sólo conseguí hacerme más daño. Entonces sentí un escozor intenso entre las piernas y me juré a mí misma que, fuera lo que fuera lo que me hubieran hecho, iban a pagarlo con creces.

